



INSTITUTO SECULAR

4ª Exposición de la Mesa Redonda del X EFCSM 2015

D. Daniele Emanuele Grasso, Comunidad de San Juan

© 2015. **Fundación Maior**

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

LA MATERIA DÓCIL. EL SÍ MARIANO A DIOS COMO FUENTE DE FECUNDIDAD CRISTIANA

Contemplación de «La luz del sí¹» apartado primero de *Ancilla Domini*, (Rafaela, 2005), de Adrienne von Speyr Daniele Emanuele Grasso, Comunidad San Juan

I. Depósito y fecundidad cristiana

Adrienne escribe que «un voto es una donación tan definitiva de la libertad y de la capacidad de disponer del hombre a Dios, que por ese acto humilde y confiado de *depositar* la libertad y la vida, Él posee en adelante lo nuestro junto a sí» (12, II, 7;² cursiva nuestra).

II. Los consagrados

Quien es llamado por Dios y responde con una entrega total, deposita todo en Dios. Por su parte, Dios le da, para su oración y su vida, lo propio sin límite. De este depósito el consagrado recibirá, tanto lo que contempla en la oración, como lo necesario para dar forma a su trabajo cotidiano, a su tarea.

En mi caso por ejemplo, soy traductor de Adrienne von Speyr. De hecho, es de este depósito, cuya «realidad» se manifiesta eminentemente en la contemplación, de donde recibo de Dios todo lo necesario. Y no solamente el alimento de la oración, sino también la sensibilidad y las intuiciones para dar forma al trabajo mismo de traducción. ¿Es posible que para el consagrado, este alimento, esta materia, sea ya la fecundidad? ¿Que la fecundidad cristiana no se identifique solamente con frutos visibles, sino que tenga también esa forma menos vistosa del «día a día»?

III. Las familias

Y las familias cristianas ¿es que no están llamadas a hacer votos? ¿Es que no llevan a cabo la entrega total propia de los consagrados? ¿Pueden ellas tener un acceso a aquel alimento, a aquella materia propia de la vida del consagrado?

Y se trata de preguntas oportunas, porque sólo los consagrados están llamados a abrazar la renuncia plena a todo lo propio, en castidad, pobreza y obediencia.

Por ello se podría pensar que solo la renuncia total de los consagrados, que han depositado todo en Dios, sea verdaderamente fecunda. Pero no es así, porque «*el Señor que es quien pide la elección y a quien se da el sí de la misma, se sirve de la fecundidad de su Madre, para presentarles los caminos de ambos estados como cristianamente fecundos a aquellos que los eligen y por tanto, como caminos marianos*» (199, I, 2; traducción modificada; cursiva nuestra). Ambos estados de vida cristiana son pues cristianamente fecundos.³ Y a los dos estados les indica el Señor cual es la fuente (14, II, 9): la fecundidad de su Madre. Éste será entonces el punto de partida para responder a las dos preguntas iniciales.

¹ En todo este primer capítulo de *Ancilla Domini*, las palabras alemanas para el «sí» son «Ja» y «Jawort». Sin embargo, la segunda palabra «Jawort», la más utilizada, significa literalmente «palabra sí» y corresponde al «sí quiero» del consentimiento dado en el matrimonio. Pero en el caso de la Madre del Señor, «Ja» o «Jawort» reenvía a lo que la Virgen dijo realmente: «Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.» Lc 1, 38. Para seguir la meditación de Adrienne es importante tener presente este contenido del «sí» de María.

² El primer número se refiere a la página, el segundo –romano– al párrafo y el último a la línea.

³ Los estados son dos porque nuestro Señor Jesucristo fundó y vivió ambos estados de vida.

IV. El sí de María: esencia y forma del sí cristiano

La fecundidad de María tiene un carácter especial: es una fecundidad ilimitada (11, II, 12). Pero ese don es el fruto de la renuncia que estaba contenida en su sí: «su fecundidad es tan ilimitada porque también la renuncia contenida en su *sí* era infinita» (11, III, 1-2; cursiva nuestra). Su fecundidad, en otras palabras, viene de la renuncia contenida en su «hágase en mí...». Es preciso entonces mirar al sí de María para entender la fecundidad cristiana. Y, siguiendo a Adrienne, vamos a ver dos aspectos de este “sí”:

- La esencia del sí: la «materia dócil»
- La forma del sí: los votos

IV 1. La esencia del sí: la «materia dócil»

Normalmente, se piensa en el sí cristiano a Dios como si fuera una promesa, y en verdad lo es (9, II, 17; 13, I, 10). Pero el sí tiene también otra característica: «el sí [de María] es una *materia dócil* con la que Dios puede formar lo que le plazca» (11, I, 8; cursiva nuestra). Entonces el “sí” no es solamente una promesa, es también una «materia dócil» hasta tal punto que Dios puede «alimentarse y vivir realmente del sí del hombre» (13, I, 7). Llegamos así al contenido de aquel depósito del cual se hablaba al principio: la donación de todo lo propio hecha con el “sí” a Dios, no es solamente una palabra, una promesa, sino algo «material», «una materia dócil». Así es como se comprende muy bien que cuanto más se entrega uno en cuerpo y alma como lo hizo María (11, II, 15-21), tanto más grande será su fecundidad.

IV 2. La forma del sí: los votos

Y son los votos los que expresan esta totalidad: «desde el momento en que [María] ha dicho sí, *su vida expresa y toma la forma* consciente de ese sí y todo lo demás depende de él [...], *su sí tiene la forma de un voto*» (12, II, 4). El sí de la Madre entonces es un voto (28, I, 1) de obediencia, castidad y pobreza (13, II, 14). Y no sólo la respuesta de ella a Dios tiene esta forma, sino también el sí de la criatura a Él, el sí «que se ramifica en los tres votos sin perder su unidad» (14, I, 11). Gracias a la Madre, es como si el sí de la criatura que responde a Dios, *ya se ramificara* en los tres votos. Es como si apuntara a ellos: «toda vida cristiana de fe, de amor y de esperanza apunta a esta forma de voto [...]» (13, I, 2; traducción modificada). Entonces el sí es una materia dócil que, en la entrega suprema de la Madre, tiene la forma de un voto.

¿Por qué, nos podríamos preguntar, es necesaria esta entrega suprema? ¿Por qué, de forma más general, es necesario elegir⁴ en la vida cristiana? Veremos en la parte siguiente que la elección, en cuanto entrega, está relacionada, ligada a la fecundidad.

V. La donación utilizada por Dios: la fecundidad

Adrienne dice que « [...] con [el voto, Dios] tiene la posibilidad – poco a poco o de una sola vez– de *utilizar y de transformar* lo que según su deseo fue puesto en sus manos.» (pp. 12, II, 11-13) En otras palabras, si nosotros no efectuamos esa entrega, esa renuncia, Dios no puede utilizar lo nuestro. ¡Dios, entonces, se rebaja a utilizar lo nuestro! ¡Y la fecundidad es esto mismo, esta utilización por Dios! Así tenemos una respuesta a la primera pregunta sobre la fecundidad de los consagrados: «en el amor *ya es fecunda toda renuncia* » (11, II, 8-9). Pero tenemos también un principio de respuesta a la segunda pregunta sobre la participación de los casados en el alimento que viene de esta entrega, de esta renuncia. Porque «toda renuncia» quiere decir también la de ellos.

⁴ De hecho, María «es la única que pudo andar los dos caminos y seguirla, significa necesariamente elegir uno de los dos caminos de su vida fecunda» (pp. 198, III, 5-199).

VI. La plenitud de la entrega: la cruz

Por su forma de voto, *todo* sí cristiano corresponde entonces a una entrega, a una renuncia. Y cuanto más se deposita, tanto más Dios podrá «utilizar y transformar». Por eso Adrienne dice que con el sí «María entra por primera vez en la vida cristiana de un modo visible [...] y de inmediato en su forma más plena, en los votos» (13, II, 7). Por eso María «acuña el carácter del sí cristiano en general y a la vez el de su forma más perfecta: el voto cristiano» (13, II, 12).

Para los casados, esta renuncia se debe acomodar a la forma del matrimonio. Esto quiere decir, por ejemplo, que administran sus bienes también para la familia, que están abiertos a los hijos, que de antemano no tienen una regla (147, II, 1-14). Por su parte, los que están llamados, abrazarán los votos plenamente ya ahora: «La renuncia no es, como en el matrimonio, el resultado de un largo aprendizaje en la escuela de la vida, sino el presupuesto para la vida nueva» (148, I, 2; traducción modificada). Por eso, con referencia a los votos, Adrienne habla de una «forma más plena» de vida cristiana, de una «forma más perfecta» del sí cristiano. Esto es así porque «al estado de los consejos le es insuflada la vida bajo la cruz⁵» (148, III, 1), mientras «el sufrimiento [...] nunca funda el matrimonio como tal» (147, II, 14).

VII. Finalidad de la fecundidad: donación vertical y horizontal

Entonces toda entrega se torna fecunda, y cuanto más plena, tanto más fecunda. La sorpresa es que la fecundidad de los casados no sea para ellos, que la fecundidad de los consagrados no sea solo un alimento propio. Y esto es así porque los votos son el medio para una doble renuncia total amorosa *en favor de Dios y de los hombres*. La fecundidad «trasciende toda división en estados [...] no tiene límites [porque] toda gracia en la Iglesia es católica y pasa a través de todo» (197, II, 9-14).

Esta comprensión de la fecundidad nos va ayudar a responder a la segunda pregunta: ¿Cómo pueden los casados acceder al alimento propio de la vida de los consagrados?

Esto es posible, primero, porque el cielo está abierto hacia la tierra: es ya la Madre misma la que «expande la acción [de los votos] en las almas de los cristianos y les da un acceso a lo ilimitado» (28, I, 11). Y lo mismo ocurre en el nivel «horizontal» cuando los dos estados están abiertos entre ellos. Por un lado, la vida de los casados puede recibir «una fecundidad cristiana mayor por medio de la oración, el sacrificio, el consejo, el cuidado, el amor, el trato con los consagrados» (197, II, 1; cursiva nuestra). Por otro lado, los consagrados también necesitan esta relación con las familias: la misma fecundidad que para ellos permanece escondida, pueden verla en los esposos: en el sí, por ejemplo, que los casados dicen «en el espíritu del otro y no en el propio» (17, I, 13), en su entrega visible de hombre y mujer, expresión del amor divino trinitario, en su apertura a los hijos.

Conclusión

En los dos estados de vida cristiana hay una relación entre entrega y fecundidad. Para entenderla, es necesario mirar a la fecundidad de María. Así se ve, primero, que el sí, además de ser una promesa, es una «materia dócil». Y segundo, que el sí mariano en su forma más plena tiene la forma de un voto. El sí entonces es una «materia dócil» que tiene su plenitud en el voto mariano. Dios puede «alimentarse» de este sí del hombre. Y es esto la fecundidad. Sí, todo sí cristiano, en cuanto contiene una renuncia, es fecundo. Y cuanto más plena sea esta renuncia, tanto mayor será la fecundidad, como lo demuestra la Madre del Señor. Ya que nadie ha renunciado a todo como la Madre; su sí se ha transformado en «condición y modelo, en fuente de todo sí cristiano futuro» (14, II, 9). La forma pobre, casta y obediente del sí de la Madre es asumida de inmediato y plenamente por los consagrados.

⁵ De hecho, es bajo la cruz como María y Juan, «participando en el sufrimiento del Hijo, son introducidos en una nueva forma de comunidad» (148, II, 6).

Para los casados, es el «resultado de un largo aprendizaje». La fecundidad que resulta del sí, tanto para los consagrados como para los casados, no es para cada uno. Como todo don de Dios, quiere atravesar los estados de vida y comunicarse a Dios y al mundo.